

EL ORIGEN DEL MAL

2

EL ORIGEN DEL MAL

“El auténtico mal procede de la inteligencia humana, y su origen yace enteramente en el hombre razonador que se desune de la Naturaleza. La Humanidad, sólo entonces, es la verdadera fuente del mal.”

K.H

El problema del origen del mal sólo puede ser abordado filosóficamente si se toma la arcaica fórmula inda como base de argumentación. Sólo la Sabiduría Antigua resuelve el problema de la presencia de la maldad universal de una manera satisfactoria. Aquélla atribuye el nacimiento del Cosmos y la evolución de la vida a la disgregación de la Unidad primordial manifestada en Pluralidad o gran ilusión de la forma. Habiéndose transformado la Homogeneidad en Heterogeneidad, se crean naturalmente los contrastes: de ahí nació lo que llamamos el Mal, que desde entonces es el único soberano en este “valle de lágrimas”.

La mal denominada filosofía materialista occidental no ha dejado de sacar provecho a este gran principio metafísico. Incluso la Ciencia Física, con la Química a la cabeza, se ha centrado recientemente en la primera proposición y canaliza sus esfuerzos a probar con datos irrefutables la homogeneidad de la materia primordial. Pero ahora entra en escena el Pesimismo materialista, una doctrina que ni es filosofía ni ciencia, sino solamente un aluvión de palabras sin sentido. El Pesimismo, en su expresión más reciente, ha dejado de ser panteísta y, habiéndose unido al Materialismo, se prepara a sacar partido de la antigua fórmula inda. Pero el pesimismo ateo no se eleva más que el homogéneo plasma terrestre de los darvinistas. Para el Pesimismo, la *última Thule* es tierra y materia, y más allá de la *materia prima* sólo ve un horroroso vacío, una inexistente nada. Algunos de los pesimistas tratan de poetizar su idea a la manera de los sepulcros blanqueados, o de los cadáveres mejicanos cuyas espectrales mejillas y labios están espesamente cubiertos de rojo. La decadencia de la materia penetra la máscara de la vida aparente, a pesar de todos los esfuerzos en contra.

El materialismo utiliza ahora las metáforas e imágenes retóricas de la india. En una nueva obra del Dr. Mainländer sobre el tema, (*Pessimism and Progress*), se dice que el Panteísmo de la india y el Pesimismo alemán son *idénticos*, y que es la disgregación de la materia homogénea en materia heterogénea, la transición de la uniformidad a la multiformidad, lo que ha producido un Universo tan desdichado. Según dice el Pesimismo:

H. P. BLAVATSKY El Origen del Mal

3

“Esta (transición) es precisamente el error de principio, el *Pecado Original* que toda la creación ha de expiar ahora mediante grandes sufrimientos; es justamente ese *pecado*, el que habiendo arrojado a la existencia todas estas vidas, las ha hundido en las profundidades abismales del mal y de la miseria. Para escapar de esta última sólo hay un medio posible, y es *dejar de ser uno mismo*”.

Esta interpretación de la fórmula oriental, a la que se atribuye la primera idea de escapar de las miserias de la vida “poniendo un fin al ser” –tanto si ese ser es considerado como todo el Cosmos o sólo como vida individual– es un concepto muy

equivocado. El panteísta oriental, cuya filosofía le enseña a discriminar entre Ser o *Esse* y la existencia condicionada, difícilmente consentirá una idea tan absurda como ésta. El sabe que sólo puede poner fin a la *forma*, no al *ser*, y eso únicamente en este plano de ilusión terrestre. Ciertamente sabe que matando en sí mismo *Tanhâ* (el deseo insatisfecho de existir, o la voluntad de vivir) escapará gradualmente del curso de renacimientos y de la *existencia condicionada*. Pero también sabe que no puede matar o “poner fin” ni a su propia y pequeña vida salvo como personalidad, que es, después de todo, como un cambio de vestimenta. Y creyendo solamente en la Realidad Una, –que es el eterno *Ser, la Causa sin causa* de la que se ha exiliado para penetrar en un mundo de formas– considera sus manifestaciones temporales y progresivas en el estado de *Maya* (cambio o ilusión), verdaderamente como el mayor mal; pero al mismo tiempo como un proceso natural, tan inevitable como los dolores del parto. Es el único medio para pasar desde estas limitadas y condicionadas vidas de dolor a la Vida Eterna, o a ese absoluto “Ser”, expresado tan gráficamente por la palabra sánscrita *Sat* ¹.

El “pesimismo” del panteísta hindú o budista es metafísico, abstruso y filosófico. La idea de que la materia y sus manifestaciones proteicas son la fuente y el origen del mal y dolor universales es muy antigua, aunque Gautama *Buddha* fue el primero en darle su expresión definitiva. ¡Pero el gran Reformador de la India seguramente nunca pretendió hacer de ésta un asidero al que el pesimista moderno pudiera agarrarse, o un sostén donde el materialista pudiera apoyar sus distorsionados y perniciosos principios! El Sabio y Filósofo, que se sacrificó por la Humanidad *viviendo por ella para salvarla*, enseñando a los hombres a ver la existencia sensible de la materia sólo como miseria, en su profundo pensamiento filosófico nunca tuvo la idea de premiar el suicidio; sus esfuerzos estaban dirigidos a liberar a la Humanidad de su apego demasiado fuerte a la vida, lo cual es la causa principal del egoísmo, de aquí que sea creador de sufrimiento y dolor. Particularmente, *Buddha* nos dejó un ejemplo de fortaleza a seguir, viviendo y no evadiéndose de la existencia. Su doctrina muestra el mal inmanente, –no en su substancia que es eterna sino en las ilusiones creadas por ella– a través de los cambios y transformaciones de la materia que genera vida, ya que estos cambios son condicionados y tal vida es efímera. Al mismo tiempo se nos muestran tales males no sólo como inevitables, sino también necesarios. Pues si quisiéramos discernir el bien del mal, la luz de la oscuridad, y apreciar el primero podríamos hacerlo sólo a través de los

¹ La única y siempre presente Realidad en el mundo infinito; la Esencia divina que *es*, pero de la cual no se puede decir que *existe*, por cuanto es lo Absoluto, la *Seidad* misma. Ver *Glosario Teosófico*.

H. P. BLAVATSKY El Origen del Mal

4

contrastes entre ambos. Mientras que la filosofía de *Buddha* en su letra muerta apunta sólo a la parte oscura de las cosas en este plano ilusorio; su esoterismo, su alma oculta, aparta el velo y desvela al *Arhat* todas las glorias de la Vida Eterna en toda la *Homogeneidad de Conciencia y de Ser*. Otro absurdo, sin duda, a los ojos de la ciencia materialista y aun del idealismo moderno, a pesar de ser un hecho para el Sabio y Panteísta esotérico.

Sin embargo, la idea original de que el mal ha nacido y se ha generado en las crecientes complejidades de la materia homogénea, que adopta formas y se diferencia más y más a medida que ésta se hace físicamente más perfecta, tiene un aspecto esotérico que parece no habersele ocurrido al pesimista moderno. De cualquier modo, su aspecto formal, exotérico, su letra muerta, se convirtió en objeto de especulación de

todas las naciones cultas de la Antigüedad. Incluso en la india, el primitivo pensamiento que subyace bajo la forma ya citada, ha sido desfigurado por el sectarismo y ha llevado al ritualismo puramente dogmático de los *Hatha Yogis*, a diferencia del *Raja-Yoga* vedantino filosófico. Las especulaciones exotéricas paganas y cristianas, e incluso el ascetismo monástico medieval, han extraído todo lo que pudieron de esta idea originariamente noble, y la subordinaron a sus estrechas y sectarias opiniones. Las falsas concepciones de los cristianos acerca de la materia les han llevado desde el primer día a identificar a la mujer con el Mal y con la materia, a pesar de la veneración de la iglesia Católica Romana a la Virgen.

Pero la última aplicación de la malentendida fórmula inda por parte de los pesimistas alemanes es bastante original y un tanto inesperada, como veremos. Trazar alguna analogía entre una enseñanza altamente metafísica y la teoría de la evolución física de Darwin, parece, en sí misma, una tarea imposible. Más aún cuando la teoría de la selección natural no predica ninguna aniquilación concebible del *Ser*, sino por el contrario, un progreso continuo y siempre creciente de la *vida*. No obstante, la ingenuidad alemana ha logrado darle una apariencia de verdad filosófica mediante paradojas científicas y muchos sofismas. El antiguo dogma indio no ha escapado a la controversia en manos del Pesimismo moderno. El feliz descubridor de la teoría de que el origen del mal data desde la ameba protoplásmica –que se dividía a sí misma para la procreación, y perdió así su inmaculada homogeneidad– ha reclamado la arcaica fórmula aria en su nuevo libro. Al mismo tiempo que ensalza su filosofía y la profundidad de las concepciones antiguas, declara que debería ser considerada “como la verdad más profunda, *preconcebida y saqueada* por los antiguos sabios del pensamiento moderno”.

Así se deduce que el “pensamiento moderno” identifica y sitúa el panteísmo profundamente religioso del filósofo hindú y budista, al mismo nivel que las ocasionales extravagancias del materialista pesimista. Se ignora el infranqueable abismo entre ambos. Poco importa, al parecer, que el panteísta no reconozca ninguna realidad en el cosmos manifestado y que considerándolo como una simple ilusión de sus sentidos, tenga que considerar también su propia existencia sólo como un manojo de ilusiones. Cuando habla de los medios de escapar a los sufrimientos de la vida

H. P. BLAVATSKY El Origen del Mal

5

objetiva, su manera de considerar esos sufrimientos y su motivación de poner un final a la existencia son completamente diferentes a los del materialista pesimista. Para él, tanto el dolor como las penas son ilusiones debidas al apego a esta vida y a la ignorancia. Por ello, aspira a una vida eterna, inmutable y de absoluta conciencia en el estado de Nirvana; mientras que el pesimista europeo, tomando los “males» de la vida como *realidades*, aspira –como él mismo expresa–, cuando tiene tiempo de anhelar algo más que esas mencionadas y mundanas realidades, a la aniquilación del “ser”. Para el filósofo sólo hay una vida real, el *éxtasis nirvánico*, que es un estado que difiere no sólo en clase sino también en grado de cualquier otro de los planos de conciencia en el universo manifestado. El pesimista denomina al “Nirvana” superstición y lo explica como la “cesación de la vida”, ya que la vida comienza y termina para él en la Tierra. El primero ignora en sus aspiraciones espirituales incluso la homogénea unidad integral, de la que saca ahora tanto partido el pesimista alemán. El conoce y cree solamente en la

causa directa de esa unidad, eterna *y siempre viva por ser el Uno increado*, o más bien, no evolucionado. De ahí que todos sus esfuerzos vayan dirigidos hacia la más rápida reunión posible, y retornar a esa condición *pre*-primordial después de su peregrinaje a través de estas series ilusorias de vidas imaginarias, con su irreal fantasmagoría de percepciones sensorias.

Tal panteísmo sólo puede ser calificado de “pesimista” por alguien que cree en una providencia personal; por alguien que contrasta la negación de la realidad de todo lo “creado” –es decir, condicionado y limitado– con su propia creencia ciega y antifilosófica. La mente oriental no se ocupa de extraer el mal de cualquier ley esencial y manifestación de la vida, ni de multiplicar cada cantidad fenoménica por las unidades de males muchas veces imaginarios; el panteísmo oriental simplemente se somete a lo inevitable y trata de eliminar de la sombra de su vida tantos “descensos al renacimiento” como sea posible, evitando crear nuevas causas kármicas. El filósofo budista sabe que la duración de las “series de vida” de todo ser humano se da alegóricamente en los *49 días* que pasó Gautama el *Buddha* bajo el *árbol Bodhi*, salvo en el caso de que alcance el Nirvana “artificialmente” (“conquistar el reino de Dios violentamente”, en lenguaje cabalístico). Y el Sabio hindú es conciente, a su vez, de que tiene que encender *primero* y extinguir después las *49 llamas* ² antes de alcanzar la liberación final.

Conocido esto, tanto el filósofo como el sabio esperan pacientemente la hora natural de la liberación; mientras que su infeliz imitador, el pesimista europeo, está siempre presto a cometer suicidio así como a predicarlo. Ignorando la hidra de muchas existencias, es incapaz de sentir el mismo desdén filosófico por la vida que por la muerte y, por lo tanto, de seguir el sabio ejemplo de su hermano oriental.

² En el *Buddhismo Esotérico* de A.P. Sinnet se hace referencia al *7 x 7 de los 49 días*, y las *49 llamas*. Esotéricamente la alegoría se refiere a las siete Razas-raíz consecutivas con sus siete subdivisiones. *Agni*, sus tres hijos *Pavaka*, *Pavamâna*, y *Suchi*, y los 45 nietos suman las *49 llamas*, del hinduismo. (*La Doctrina Secreta*, tomo IV, Ed. Kier. Buenos Aires, 1982, págs. 130 y ss.). Cada mónada ha nacido en la Primera y obtiene la liberación en la última Séptima Raza. Sólo un *Buddha* puede alcanzarlo en el curso de una vida.

H. P. BLAVATSKY El Origen del Mal

6

Así, el panteísmo filosófico es muy diferente del Pesimismo moderno. El primero está basado en la correcta comprensión de los misterios del ser; el último es en realidad un sistema más del mal, añadido a una ya larga lista de males sociales por la enfermiza fantasía. Verdaderamente, no es una filosofía, sino simplemente una sistemática difamación de la vida y de la existencia; unas biliosas declaraciones de un dispéptico o de un hipocondríaco incurable. No puede establecerse ningún paralelo entre ambos sistemas de pensamiento.

Las semillas del mal y del dolor fueron, por supuesto, el resultado y la consecuencia primera de la heterogeneidad del Universo manifestado. Con todo, no son sino una ilusión producida por la ley de contrastes que, como ha quedado descrito, es una ley fundamental de la Naturaleza. Ni el bien ni el mal existirían si no fuera por la luz que ellos mutuamente se proyectan. Habiéndose observado que el *Ser* ofrece desde la creación del mundo estos contrastes, sea bajo la forma que sea, y que el mal predomina en el Universo debido a la adoración del ego o egoísmo, la rica metáfora oriental señala la existencia del ser expiando el error de la Naturaleza; y el alma humana (*psyche*) ha sido considerada por ello como cabeza de turco y víctima del *Super-Alma inconsciente*.

Pero no es al pesimismo al que dio nacimiento, sino a la Sabiduría. La ignorancia sólo es martirio voluntario, pero el conocimiento es el maestro del pesimismo natural. Este último se hizo gradualmente innato en el hombre mediante el proceso de herencia o atavismo. Está siempre presente en nosotros, por muy latente y silenciosa que haya sido su voz en un comienzo. En medio de las primeras alegrías de la existencia, cuando aún estamos plétóricos de las energías vitales de la juventud, cada uno de nosotros somos ya capaces de acusar a la *Vida*, sentirla como una carga, y frecuentemente de maldecir nuestro ser por las primeras punzadas de dolor recibidas después de un fracaso, o por la súbita aparición de una “oscura nube”. Esto muestra la existencia de pesimismo en nuestra sangre, al mismo tiempo que la presencia de los frutos de la ignorancia. A medida que se multiplica la humanidad –y con ello el sufrimiento, que es resultado natural de su creciente número–, se intensifican los dolores y las penas. Vivimos en una atmósfera sombría y de desesperación, pero esto es debido a que nuestros ojos están abatidos y clavados en la tierra, con todas sus groseras manifestaciones físicas y materiales. Si en vez de esto, el hombre, al seguir su viaje por la vida, mirara no hacia el cielo –lo cual es sólo una expresión del lenguaje–, sino *dentro de sí mismo*, y centrara su punto de observación en el hombre *interno*, entonces escaparía pronto de los “anillos de la gran serpiente de la ilusión”. Su vida, desde la cuna hasta la tumba, sería entonces soportable y digna de vivir, aun en sus peores fases.

El pesimismo, ese recelo crónico de estar el mal acechando en todas partes, es así de naturaleza dual y da frutos de dos clases. Es una característica natural en el hombre físico y se convierte en maldición sólo para el ignorante. Es un favor para el hombre espiritual, puesto que hace que vuelva a la recta senda y le lleva al descubrimiento de otra verdad igualmente fundamental; y es que todo en este mundo es sólo *preparatorio* por ser transitorio. Es como un resquicio en las oscuras paredes de la prisión de la vida terrena, a través del cual entra un rayo de luz de la mansión eterna que, iluminando los sentidos *internos*, susurra al prisionero en su caparazón de arcilla el origen y el misterio

H. P. BLAVATSKY El Origen del Mal

7

dual de nuestro ser. Al mismo tiempo, es una prueba tácita de la presencia en el hombre de aquello *que sabe, sin haber sido instruido*, es decir, que hay otra y mejor vida una vez que se ha vivido de principio a fin la maldición de las vidas terrestres.

Esta explicación del problema y origen del mal, siendo como ya se ha dicho, de naturaleza enteramente metafísica, no tiene nada que ver con las leyes físicas.

Perteneciendo, como pertenece, totalmente a la parte espiritual del hombre, es mucho más peligroso tratarlo superficialmente que ignorarlo. Pues, al encontrarse en la misma raíz de la ética de Gautama *Buddha* y al haber caído ahora en manos de los modernos filisteos del materialismo, el confundir ambos sistemas de pensamiento “pesimista” sólo puede llevar al suicidio mental, si no lleva a algo peor.

La sabiduría oriental enseña que el espíritu ha de pasar por la experiencia penosa de la encarnación y la vida, y recibir su bautismo de materia, antes de poder alcanzar la experiencia y el Conocimiento. Sólo después de esto recibe el bautismo del alma, o auto-conciencia, y puede retornar a su condición original, la de un dios, experiencia, que finaliza con más omnisciencia. En otras palabras, sólo puede volver a su estado originario de homogeneidad, de esencia primordial, mediante la suma de los resultados del *karma*, que es lo único que permite crear una deidad absolutamente *conciente*,

separada sólo un grado del Todo Absoluto.

Incluso de acuerdo con el texto de la Biblia, el mal debe haber existido antes de Adán y Eva, quienes son por ello inocentes de la calumnia del Pecado Original. Pues si no hubiera existido mal o pecado antes que ellos, no podría haber existido ni Serpiente tentadora ni Arbol del Conocimiento del Bien y del Mal en el Edén. Las características de ese manzano se muestran en el verso en que la pareja ha probado su fruto: “Sus ojos se abrieron y *ellos conocieron*” muchas cosas además de reconocer que estaban desnudos. Demostrando que demasiado conocimiento acerca de la materia es un mal. Pero así es, y nuestra tarea es examinar y combatir esa nueva y perniciosa teoría. Hasta ahora se ha mantenido el pesimismo dentro de los límites de la filosofía y la metafísica, y no había mostrado la pretensión de invadir el dominio de la ciencia puramente física, tal como hace el Darwinismo. La teoría evolucionista ha llegado a ser hoy en día casi universal, y no hay escuela –salvo las dominicales y misioneras– en que no se enseñe con más o menos modificaciones sobre la idea original. Por otra parte, no hay doctrina de la que se haya abusado y aprovechado tanto como la de la evolución, especialmente por medio de la aplicación de sus leyes fundamentales a la solución de los problemas más complejos y abstractos de la existencia multifacética del hombre. Allí donde la psicología y aun la filosofía “teme pisar fuerte”, la biología materialista aplica contundentemente sus analogías superficiales y prejuizadas conclusiones. Lo peor de todo es que pretendiendo el hombre ser sólo un animal superior, sostiene este derecho como pertenencia innegable al campo de la ciencia evolucionista. Las paradojas en estos “dominios” llueven sobre mojado. Como “el hombre es la medida de todas las cosas”, es medido y analizado por el animal. Un materialista alemán pretende que la evolución espiritual y psíquica sea una propiedad legítima de la fisiología y biología; siendo únicamente los misterios de la embriología y de la zoología –según se dice– capaces de

H. P. BLAVATSKY El Origen del Mal

8

resolver los de la conciencia en el hombre y los del origen de su alma. Otro encuentra justificación para el suicidio en el ejemplo de animales que, cuando están cansados de vivir, ponen fin a su existencia mediante la inanición⁴.

Hasta ahora, el Pesimismo había tenido un punto débil –a pesar de la abundancia y brillantez de sus paradojas– y ha sido la ausencia de alguna base real y evidente sobre la que apoyarse. Sus seguidores no tuvieron un pensamiento vívido ni guía que les sirviese de faro y les ayudase a salvar los escollos de la vida –reales o imaginarios– que ellos mismos sembraron tan profusamente en forma de denuncias contra la vida y la existencia. Todo lo que pudieron hacer fue confiar en sus representantes –quienes ocuparon su tiempo muy ingeniosa, si no provechosamente, en unir los muchos y variados males de la vida a proposiciones metafísicas de grandes pensadores alemanes como Schopenhauer o Hartmann– de la misma manera que niños pequeños atan coloreadas colas a los cometas de sus mayores y se regocijan viéndolas en el aire. Pero ahora el programa va a cambiar. Los pesimistas han encontrado algo más sólido y autorizado, si bien menos filosófico, a que unir sus lamentaciones y cantos fúnebres, que las *cometas* metafísicas de Schopenhauer. Los días en que ellos coincidían con las ideas de este filósofo, que señalaba a la Voluntad Universal como responsable de todo el mal en el mundo, han pasado para ya no volver más. Tampoco quedarán satisfechos con el indeterminado “inconsciente” de Hartmann. Han estado buscando

diligentemente un suelo más agradable y menos metafísico sobre el que construir su *filosofía* pesimista, y han sido recompensados por el éxito, ahora que han encontrado la causa del Sufrimiento Universal en las leyes fundamentales del desarrollo físico. El mal ya no será asociado por más tiempo al nebuloso e incierto fantasma llamado “Voluntad”, sino a un hecho real y obvio: los pesimistas serán llevados en lo sucesivo a remolque por los evolucionistas.

El argumento básico de su representante ha sido dado en la frase que abre este artículo. El Universo y todo lo que contiene, apareció como consecuencia de la “disgregación de la *Unidad en Pluralidad*”. Esta interpretación más bien oscura de la fórmula inda no hace referencia, a juicio del pesimista, a la Unidad una, a la abstracción vedantina llamada *Parabrahman*; de otra manera, ciertamente, yo no hubiera utilizado la palabra “disgregación”; ni tiene tampoco mucho que ver con *Mûlaprakriti* o el “Velo” de *Parabrahman*; ni siquiera con la materia primordial primeramente manifestada, a no ser por inferencia, como se deduce de la exposición del Dr. Mainländer, sino sobre todo con el *protoplasma* terrestre. Se ignora totalmente en este caso al espíritu o la deidad, evidentemente por la necesidad de mostrarlo todo como “un dominio legítimo de la ciencia física”.

En suma, se pretende que la fórmula clásica tenga su base y encuentre su justificación en la teoría de que “a partir de unas pocas formas, o quizás de una sola, de la naturaleza más simple han evolucionado gradualmente todos los diferentes animales y plantas que

³ Hæckel.

⁴ Leo Bach.

H. P. BLAVATSKY El Origen del Mal

9

existen y todos los organismos que han existido en la Tierra” (Darwin). Se nos dice que este axioma de la ciencia es el que justifica y demuestra el dogma filosófico hindú.

¿Cuál es este axioma? Pues es el siguiente: la ciencia enseña que las series de transformaciones a través de las cuales la simiente acaba convirtiéndose en árbol, o el óvulo en un animal, en cualquier caso, no consisten en otra cosa que en la transformación de la estructura desde la forma homogénea a la heterogénea o compuesta. Esta es entonces la verdad científica que verifica la fórmula inda por medio de la evolucionista, la que identifica a ambas y exalta de este modo la sabiduría antigua, reconociéndola merecedora de la atención del moderno pensamiento materialista.

Esta fórmula filosófica –explica nuestro pesimista– no es corroborada simplemente por el crecimiento y desarrollo individual de especies aisladas, sino que se demuestra en lo general y en lo particular. Se encuentra justificada tanto en la evolución y crecimiento del Universo como en el de nuestro planeta. En suma, el nacimiento, crecimiento y desarrollo del mundo orgánico en su íntegra totalidad están ahí para demostrar la sabiduría antigua. Descendiendo desde lo universal a lo particular, se ha descubierto que el mundo orgánico está sujeto a la misma ley de eterna y creciente elaboración, de transición de la unidad a la pluralidad como “fórmula fundamental de la evolución de la vida”. Aun el crecimiento de las naciones, de la vida social, de las instituciones públicas, el desarrollo de las lenguas, artes y ciencias, todo sigue inevitable y fatalmente la omniabarcante “ley de la disgregación de la unidad en la pluralidad y de la transición de lo homogéneo a lo multiforme”.

Pero al seguir la sabiduría inda, nuestro autor exagera esta ley fundamental a su manera y la distorsiona. llega a relacionar incluso esta ley con los destinos históricos de

la Humanidad. Hace de estos destinos algo subordinado a la exactitud de la concepción íntegra y lo toma como demostración de ésta. El sostiene que la Humanidad, como un todo íntegro, deriva cada vez más lejos de su originaria y saludable unidad armónica a medida que se desarrolla y progresa en su evolución y se separa en partes, convirtiéndose cada una en rama, independiente de la unidad. Las complejidades de las fuerzas sociales, de las relaciones sociales, así como de las individuales, conducen todas ellas a un debilitamiento de la potencia vital, a una relajación de la energía de sentimientos y a una destrucción de esa unidad integral, sin la cual no hay armonía interna posible. La ausencia de esa armonía genera una discordia interna que se convierte en causa de la mayor miseria mental. El mal tiene sus raíces en la misma naturaleza de la evolución de la vida y de sus complicaciones. Cada uno de sus pasos hacia adelante es, al mismo tiempo, un paso hacia la disolución de su energía y conduce a una pasiva apatía. Tal es el resultado inevitable –dice él– de cada complicación progresiva de la vida, ya que la evolución o desarrollo es una transición de lo homogéneo a lo heterogéneo, una dispersión del todo en lo múltiple, etc. Esta terrible ley es universal y se aplica a toda la Creación, desde lo infinitamente pequeño hasta el hombre, pues como él dice, es una ley fundamental de la Naturaleza.

Ahora bien, es justamente por esta consideración unilateral de la naturaleza física, que el autor alemán acepta –sin ninguna referencia a su aspecto espiritual y psíquico– que

H. P. BLAVATSKY El Origen del Mal

10

su escuela se ve condenada al fracaso. No se trata de si la mencionada ley de diferenciación, y sus fatales consecuencias, pueden aplicarse o no en ciertos casos al crecimiento y desarrollo de las especies animales, e incluso al hombre; sino simplemente, puesto que es la base y el apoyo principal de toda la nueva teoría de la escuela Pesimista, de si es realmente una ley universal y fundamental. Queremos saber si esta fórmula básica de evolución abarca todo el proceso del desarrollo y crecimiento en su totalidad; y si está dentro del campo de la ciencia física o no. Como dice Mainländer, si “no es más que la transición desde el estado homogéneo al heterogéneo”, entonces queda por probar si el proceso mencionado “produce todas las complicadas combinaciones de tejidos y órganos que forman y completan al animal perfecto o a la planta perfecta”.

Como ya han hecho notar algunos críticos en *Pesimismo y Progreso*, el pesimista alemán no lo duda un instante. Su supuesto descubrimiento y su doctrina “descansan completamente en la certeza de que el desarrollo y la ley fundamental del complejo proceso de la organización representa sólo una cosa: la transformación de la unidad en la pluralidad”. De aquí la identificación del proceso con la disolución, decadencia y debilitamiento de todas las fuerzas y energías. Mainländer tendría razón con sus analogías si esta ley de diferenciación de lo homogéneo en lo heterogéneo representara realmente la ley fundamental de la evolución de la vida. Pero esta idea es totalmente errónea, tanto metafísica como físicamente. La evolución no sigue una línea recta, *no más* que cualquier otro proceso de la Naturaleza, sino que marcha *cíclicamente*, como todos los demás. Las serpientes cíclicas engullen sus colas como la Serpiente de la Eternidad. Y así la fórmula íntegra, que instruye como *doctrina secreta* que es, se corrobora claramente por las Ciencias Naturales y especialmente por la Biología.

Esto es lo que leemos en las *Cartas Científicas* de un anónimo autor y crítico ruso:

“En la evolución de individuos aislados, en la del mundo orgánico, en la del Universo, así

como en el crecimiento y desarrollo de nuestro planeta –en suma, en todas partes en que tiene lugar alguno de los procesos de progresiva complejidad– encontramos además de la transición de la unidad a la pluralidad, de la homogeneidad a la heterogeneidad, una *transformación inversa, una transición de la pluralidad a la unidad, de lo heterogéneo a lo homogéneo...* Una minuciosa observación del proceso mencionado de progresiva complejidad ha mostrado que lo que tiene lugar en éste no es sólo una separación de partes, sino también su mutua absorción... Mientras que en una porción de células, éstas se fusionan unas en otras y se unen en un todo uniforme, formando fibras musculares, tejidos musculares, otras son absorbidas en tejidos óseos y nerviosos, etc. Lo mismo tiene lugar en la formación de las plantas...”

En este caso lo que es de naturaleza material repite la ley que actúa en la evolución de las naturalezas psíquica y espiritual: ambas descienden para volver a ascender y fusionarse en el punto de partida. *La homogénea masa formativa o elemento diferenciado en sus partes, se transforma gradualmente en heterogénea; entonces, fundiéndose esas partes en un todo armónico, recomienza un proceso inverso, o reinvolución, y retornan asimismo gradualmente a su estado primitivo o primordial.*

H. P. BLAVATSKY El Origen del Mal

11

Tampoco encuentra el Pesimismo un mayor apoyo en el Materialismo puro, ya que hasta ahora está teñido de una predisposición decididamente optimista. Sus principales partidarios nunca han vacilado, claro está, en hablar con desprecio de la adoración teológica de la “gloria de Dios y de todas sus obras”. Büchner lanza reproches al panteísta que ve en un mundo tan “disparatado y malo” la manifestación del Absoluto. Pero en general, los materialistas admiten un equilibrio del bien sobre el mal, quizás para amortiguar cualquier tendencia “supersticiosa” a buscar y esperar uno mejor. Por estrecho que sea su punto de vista y por limitado que sea su horizonte espiritual, no ven motivos en general para desesperar por el transcurso de las cosas. Los pesimistas *panteístas*, sin embargo, nunca han dejado de insistir en que la desesperación del ser conciente es el único resultado legítimo de la negación ateísta. Esta opinión es, naturalmente, axiomática, o debería serlo. Si “en esta vida sólo hay esperanza”, entonces la tragedia de la vida está absolutamente sin ninguna *raison d'être* (razón de ser) y una perpetuación del drama es tan necia como infructuosa.

El hecho de que las conclusiones del Pesimismo hayan sido finalmente asimiladas por una cierta clase de escritores ateístas, es un hecho notable de hoy en día, y otro signo de los tiempos. Ello ilustra el tópico de que el vacío creado por la moderna negación científica no puede jamás ser llenado por las frías perspectivas ofrecidas como *solacium* (alivio) a los optimistas. El “comtiano” *entusiasmo de la Humanidad* es un concepto lo suficientemente pobre de tal modo que, “como los fuegos solares que lentamente mueren” (si en efecto mueren de algún modo), se basa en la futura aniquilación de la Raza para contentar a la ciencia física en este momento. Si todos los dolores y sufrimientos presentes –la feroz lucha por la existencia y todos los horrores que conllevan– no sirvieran para nada, y si el Hombre fuera un mero *ephemeron* (efímero), juguete de ciegas fuerzas, ¿por qué asistir a la perpetuación de la farsa? La “incesante rutina de materia, fuerza y ley”, no hará más que precipitar a un eterno olvido, a los millones de seres humanos que pululan y finalmente no dejará huellas o vestigios del pasado, cuando las cosas retornen a la nebulosidad de la bruma de fuego de donde surgieron. La vida terrestre no es un fin en sí misma. Está cubierta de tenebrosidad y miseria. No es de extrañar entonces que el “negacionista” de alma ciega prefiera el

pesimismo de Schopenhauer al infundado optimismo de Strauss y de sus seguidores que, a la vista de sus enseñanzas, recuerdan la fogosidad animal de un joven asno después de una buena comida de cardos.

No obstante, una cosa es clara: la absoluta necesidad de tener alguna solución que acepte los hechos de la existencia bajo una perspectiva optimista. La sociedad moderna está saturada de un cinismo creciente y aversión a la vida. Este es el resultado de una completa ignorancia de las actuaciones del *Karma* y de la naturaleza de la evolución del Alma. El Pesimismo ha crecido indebidamente por una equivocada lealtad a los dogmas de la mecánica y falsa teoría de la evolución. Una vez que se ha comprendido el funcionamiento de la Gran Ley –¿y qué filosofía puede proporcionar mejores medios para tal comprensión y solución final, que la doctrina esotérica de los grandes sabios de la India?–, no queda *locus standi* posible para las recientes enmiendas al sistema de pensamiento schopenhaueriano o para las sutilezas metafísicas, urdidas por el “filósofo H. P. BLAVATSKY El Origen del Mal

12

del inconsciente”. Sólo el estudio de la filosofía originaria –ahora esotérica– puede probar lo razonable de la existencia *conciente*. Y ella dice que “no hay vida ni muerte pues ambas son ilusorias; el Ser (o la Seidad) es, la única realidad”. Esta paradoja fue repetida miles de años después por uno de los mayores fisiólogos que han existido. “La Vida es Muerte”, dijo Claude Bernard. Los organismos viven porque sus partes están siempre muriendo. La supervivencia del más apto está basada seguramente en este principio. La vida de todo lo superior requiere la muerte de lo inferior, dependiendo de la muerte de las partes y estando subordinadas a ella. Y así como la vida es muerte, la muerte es vida y todo el gran ciclo de vidas forman no más que una Existencia *cuyo peor día transcurre en nuestro Planeta*.

El que *sabe*, se impondrá. Pues hay un amanecer para cada ser; una vez liberado de la ilusión y de la ignorancia mediante el Conocimiento, proclamará en verdad y con *plena Conciencia a Mahâ-mâyâ*:

“¡DESTRUIDA ESTA TU CASA Y EL TECHO HUNDIDO!

¡LA ILUSIÓN LA FORJO!

A SALVO PARTO DE ALLÍ PARA OBTENER LA LIBERACIÓN...”